

El cine mexicano está viviendo actualmente una especie de milagro. Tiene un público entre las nuevas generaciones. Cuando ya parecía que el cine nuestro se vería condenado a conformarse con los sectores analfabetos del público, resulta que en la ciudad de México y en muchas otras partes de la república está surgiendo un interés por los destinos de nuestro cine. Lo curioso es que esto acontece cuando el tradicional cine de churros parece estar al borde del colapso total. Cuando la gran empresa distribuidora Películas Nacionales está prácticamente en bancarota y cuando en todas las plazas se están cerrando infinidad de salas, cuando parece que va a ser el fin de la industria es precisamente el momento en que surge el entusiasmo por las películas nuestras, pero no por las que ya han gastado sus fórmulas y consumido sus recetas (los consabidos churros para el espectador menos exigentes del mundo), sino por un cine de muy diversa tendencia y de muy variados géneros y estilo, pero con el común denominador de proponer al auditorio fórmulas nuevas, no gastadas, llenas de frescura.

En su mayor parte, este nuevo cine es el que está produciendo el Estado a través del Instituto Mexicano de Cinematografía, pero también productores de la iniciativa privada, animados por un verdadero espíritu de riesgo y de audacia, se han enfrentado a la tarea de hacer un cine mexicano que ya no sea el consabido de *Lola la Trailera*, el narcotráfico, los mojados y la sexy-comedia.

Yo advertí este entusiasmo, que se manifestó de manera verdaderamente espontánea y envolvente, el pasado 29 de abril durante la más reciente entrega

de Arieles, ceremonia que se llevó a cabo en el Palacio de Bellas Artes. Había estado en las ceremonias precedentes lo menos en los últimos veinte años y de veras se los digo a ustedes que nunca había sentido esa vibración colectiva de apoyo decidido a la producción fílmica de sello nacional, especialmente a la de nuevo cuño. Entre las películas ahí mencionadas y apoyadas más con ovaciones que con premios se encontraban *La leyenda del ángel enmascarado*, *Cabeza de Vaca* y *Pueblo de madera*. Naturalmente, también estaba la ganadora, *Rojo amanecer*, de Jorge Fons, que merece mención especial no sólo por su calidad y por su tema tratado (la matanza en Tlatelolco del 2 de octubre de 1968), sino porque significó —al atraer a enormes multitudes de espectadores, de espectadores que en su mayoría se habían retirado del cine mexicano— un reencuentro del vasto auditorio cinéfilo con un cine nacional diferente al cliché que de él hicieron mercachifles sin imaginación y muchas veces sin escrúpulos.

Con las grandes proyecciones masivas de *Rojo amanecer*, un enorme volumen de público —especialmente joven, repito, entre los 15 y los 25 años de edad promedio— descubrió que el cine nuestro, de tan mala fama en la comidilla de las tertulias familiares de quienes sí ven en cambio telenovelas, podría decirles algo de su interés, algo importante de su incumbencia y preocupaciones, y decirselo a ellos con un lenguaje fílmico no arcaico, sino renovado, puesto al día y con una sensibilidad franca y abierta y, lo que es muy importante, desde una perspectiva inteligente.

Permítaseme insistir en la inteli-

gencia porque creo que es un factor importante. Por lo general, el productor tradicional, el que desde *¡Ay, Jalisco no te rajes!* ha venido haciendo la misma película, presupone que el público está formado por puros retrasados mentales. Lo cree sinceramente. De ahí que es frecuente oírle decir al guionista o al director de una película en proceso de realización que no ponga cosas demasiado sutiles, pues el público no las entiende. El que no entiende nada es él, por supuesto, ya que comete un grave error al menospreciar la capacidad intelectual y de reflexión de los espectadores a quien se supone que va dirigida la obra en cuestión. Sucede que al no hablar a un público inteligente, su producto obviamente no es tampoco inteligente. Se ha venido cayendo así en un —por decirlo de un modo vulgar pero elocuente— en un *cine chafa*.

Esto es lo que está evitando —de modo instintivo, muchas veces— los jóvenes realizadores y adaptadores (y los no tan nuevos, pero que a pesar de su veteranía no han claudicado en su deseo de hacer un cine con dignidad artesanal y artística). Esta nueva corriente —que se opone diametralmente a los designios del cine plasta— habla siempre a un público pensante. No importa el género o el estilo o incluso la poca o mucha calidad lograda, pero el común denominador de esta renovada remesa de productos filmicos es que en ellos hay inteligencia y la conciencia de que el destinatario final del mismo, ese enorme sector de jóvenes de que he venido hablando, es un sector formado por personas de criterio y un nivel pensante elevado.

Un nuevo ejemplo de este interés que se ha suscitado por el joven cine o nuevo cine o fresco cine mexicano lo constituye el fabuloso éxito de la semana de estrenos celebrada en fecha reciente

en el cine Latino de la ciudad de México. Se presentó una película distinta cada día, en cuatro funciones, y el resultado para mí sorprendente fue que en casi todas las funciones de todos los días hubo llenos en las salas. Unas películas gustaron más, otras menos, pero todas fueron recibidas, sin excepción, con interés y con entusiasmo... y con generosidad, añadiría yo, pues todos deseaban que la película que iban a ver fuera buena, esto antes de haberla visto, por supuesto, pues su disposición no era en ningún caso la del crítico de cine enfermo de pretensión y de amargura.

Hubo películas como *Cómodas masculinidades*, de Julián Pastor, que abordaban problemas que tocan muy cerca a los jóvenes, como es lo arduo que resulta formar un hogar para los recién casados en los tiempos que corren (el dolor de pagar la renta y esas cosas), y que por supuesto fueron recibidas con gran entusiasmo (a veces, incluso, con delirio), pues aparte de la buena realización había un factor de identificación que pesó mucho en el ánimo de los jóvenes espectadores.

A las mujeres en cambio les gustó más *Danzón*, de María Novaro, tal vez porque esta directora (que antes filmó *Azul celeste* y *Lola*) le ha sabido tomar el pulso a una cotidianidad llena de frescura en torno a personajes femeninos, de esos comunes y corrientes, pero importantísimos en tanto que forman parte medular del tejido social.

Otras cintas de interés que se presentaron en esa semana fueron *Ciudad de ciegos*, de Alberto Cortés; *Bandidos*, de Luis Estrada; *La mujer de Benjamín*, de Carlos Carrera; *Cabeza de Vaca*, de Nicolás Echevarría, y sobre todo *La tarea*, de Jaime Humberto Hermosillo, director no tan joven (sino más bien un veterano), que sorprende con un gran

talento al filmar una historia —erótica— muy audaz, muy fuerte— con sólo dos personajes (interpretados por los espléndidos José Alonso y María Rojo) y en una misma secuencia sin cortes para los efectos narrativos.

Aparte de esta semana filmica, quisiera citar otras películas recientes que realizadas en nuestros estudios pueden tener interés, ya que sus propuestas y su factura son de un gran nivel. Me refiero, por ejemplo, a *Historias de ciudad*, con cuatro relatos dirigidos respectivamente por Ramón Cervantes, Rafael Montero, Gerardo Lara y María Novaro; *Goitia, un dios para sí mismo*, de Diego López Rivera sobre la vida del famoso pintor zacatecano Francisco Goitia, autor del cuadro *Tata Jesucristo*; *Retorno a Aztlán*, de Juan Mora (primera película de ficción totalmente hablada en náhuatl); *Morir en el Golfo*, de Alejandro Pelayo; *Intimidación*, de Dana Rotberg (otra cineasta joven y de talento); *Intimidades en un cuarto de baño*, otra propuesta audaz también de Jaime Humberto Hermosillo, y *Jóvenes delincuentes*, de Mario Hernández, con

un valioso potencial de denuncia de la corrupción reinante en nuestro país.

A todo esto hay que añadir el IV Concurso de Cine Experimental, que se está llevando a cabo con entusiasmo en la ciudad de México y donde realizarán largometrajes participantes directores como Alberto Bojórquez, Marcela Fernández Violante, Matilde Landeta, Marise Sistach, Diego López, Gabriel Retes y un enorme etcétera.

Concluyo diciendo que este fenómeno tiene así dos vertientes igualmente estimulantes: por una parte, un público entusiasta que quiere ver películas hechas en México. No todas las películas que se hagan dentro de esta nueva corriente gozarán por supuesto de unánime y pareja aceptación, unas gustarán a uno y otras gustarán a otros, unas más y otras menos, como es natural, pero me atrevo a decir que todas poseen unas cualidades por demás valiosas: la sinceridad y las ganas de hacer bien las cosas, de filmar con dignidad.

Francisco Sánchez

